



MARCA
REGISTR.

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth

EMILIO SEGOVIANO

«Margarita Gautier.

EDUARDO ZAMACOIS

Liberación.

FERNANDO MORA

«Era esbelta y pálida...»

JERONIMO GOMEZ

Faturo imperfecto.

J. PEREZ RAMIREZ

Grotescos.

ANGEL G. LUGEA

Museta.

JOSE VIANA

La primera perla.

TOVAR, RIDORIN,

OTELLO, ESTEVANILLO

EQUIS y TINO

Varios dibujos y retrato de
la Bella Toscana.



5 cénts.

BELLA TOSCANA

Popular cupletista, inmensamente guapa. Fijense ustedes bien
— en esa cabeza y se explicarán por qué andan alborotadas —
tantas cabezas.

SECCION VERMOUTH

Las mujeres están justamente alarmadas. Con esto de la guerra europea, los modistos de París, Londres, Berlín y Viena, es decir, las cuatro oligarcas de la moda, anda manejando el fusil en vez de ver de esgrimir las tijeras, y claro, este invierno no va á ver quiénes dispongan de qué modo deben de ir vestidas.

Cien veces he lamentado mi estupidez supina el no haber dedicado mis actividades á este oficio, arte, profesión ó lo que sea. Un modisto es un sultán, con la ventaja de que las odaliscas le salen gratis y le dan dinero, no sé si encima ó debajo, pero que se lo dan todas es indudable.

El modisto es el tirano de la mujer. Al confesor le cuentan sus interioridades, pero al modisto se les descubre en toda su desnudez íntima. Sé de uno que se sabe de memoria las redondeces, estrecheces y

demás eces de nuestras más pipudas y empingorotadas damas, y esto, ¡la verdad! me da una envidia terrible, no lo puedo remediar.

Porque hay que fijarse bien. Está uno tranquilamente en su casita y pian, pianito, entra una señora guapetona y tal, que le dice:

—Vengo á que me tome medida de un traje, pero de esos que acreditan su arte, su gracia y la delicadeza de su tijera ideal.

Y al decir esto le echa una arrebatadora mirada á la punta. A la punta de las tijeras me refiero. Se inclina usted galantemente, y coloca en sus labios la más provocativa de sus sonrisas de gratitud, á la vez que la invita á que pase al coquetón camerino de pruebas.

—Desnúdese usted, señora, — exclama con voz tintileante.

Ella lo hace sin el más remoto atisbo de preocupación, porque en aquel momento no ve al hombre, sino al artista del supremo corte.

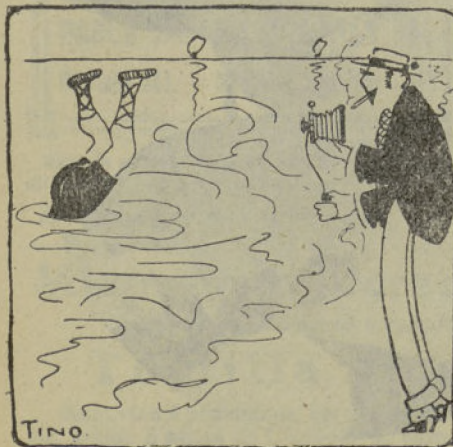
Y, naturalmente, usted se atraca de tomar medidas de frente, de costado y de frente por detrás, que es una de las más interesantes de todas; y vuelve por arriba, y torna por abajo con el metro, hasta que lo deja completamente desfigurado.

Y después de esta señora, otra, y otra más tarde, y así todo el día, ellas desnudándose para que usted las vista, que es lo contrario de lo que ocurre generalmente. Nos excedemos en ayudas antes, pero luego nos olvidamos de toda clase de galanterías.

Es natural que para ejercer esta pintoresca industria, se necesitan determinadas cualidades y un especial temperamento porque el negocio se las trae, y al fin y al cabo no es uno de hierro, pero ¿qué oficio ni qué profesión no tiene sus inconvenientes?

Hay quien dice que el constante roce con el otro sexo determina una modifica-

CLICHES SUBMARINOS



—No les importe á ustedes que mueva las piernas, porque el objetivo es grandísimo y cabe todo.

A LAS ALTAS HORAS



Ridovici.

—De fijo que esta prójima no siente el frío más que de medio cuerpo para arriba.

ción en el modo de ser del propio, pero yo no creo eso. Son habladorías de gentes envidiosas, que no tienen la franqueza de confesarlo como un servidor de ustedes.

En fin, que aprovechando esta complicación de que los árbitros de la moda femenina extranjeros escasean por hallarse con el arma en la mano, me están entrando ganas de anunciarme, si no francamente como modisto, por lo menos en clase de sastre de señoras. Mi especialidad será los trajes ceñidos, porque no me gusta derrochar inútilmente la tela.

Y como no tengo temperamento de tirano, seré muy morigerado en los precios. A las parroquianas asiduas les haré grandes rebajas, y para atraérmelas les ofreceré una serie de combinaciones raras que les obligue a ligarse a mi sistema de corte, durante varias temporadas, hasta conseguir que sean ellas las que espontáneamente vengan a repetir.

Y en ese caso, ¡qué remedio sino complacerlas en sus gustos y caprichos!

Un pequeño REPORTE

Margarita Gautier

Es pálida y delgada Margarita Gautier protagonista de una triste historia de amor, donde lloran las risas el dolor del placer, donde ríen las lágrimas el placer del dolor...

Bajo su mercenario cuerpo de prostituta tantas veces vendido, su corazón sincero, era como una rosa virginal é impoluta entre la podredumbre de hediondo estercolero... ¡Su corazón!... Alcázar entre sombras, cerrado al fangal nauseabundo del encanallamiento; refugio en cuyas naves blancas el sentimiento luminoso, yacía tristemente encantado...

¡Oh, Armandol... ¡Tú tenías esa llave ignorada del alcázar sagrado!... La triste Margarita, abrió á tu amor las puertas de su alma desolada desde el instante mismo de la primera cita...

Tú que supiste amarla, rompiste el maleficio que la amarraba á aquel vivir de perversión; ¡y si fué poseído su cuerpo por el vicio en el llanto halló luego su purificación!

Emilio SEGOVIANO

OPORTUNIDAD



—Tanto hacerte de rogar y por fin has venido en el mejor momento.

—Es que yo soy de los que piensan mucho las cosas; pero pongo siempre el dedo en la llaga.

LIBERACIÓN

CASI todos los hombres — ha dicho Balzac — se casan por la primera noche...

Esta frase, desgraciadamente, es demasiada exacta. Para los hombres mayores de treinta años, el matrimonio es la ordenación de su vida; el primer alineamiento de aquel plan ó línea de conducta que ha de apalearles insensiblemente una mañana tranquilo; á veces, la conquista inmediata y definitiva de un buen porvenir.

Para la juventud, menos previsora, menos apegada al din ro, y mas esclava de sus pasiones, el matrimonio simboliza la posesión y hambriento disfrute de aquella mujer, cuya virtud, ni las hipóboites de un acendrado amor, ni el sensual mareo de ciertos momentos de intimidad, ni las generosas dádivas, ni los diablillos traidores de la impresión, quebrantaron.

Si los casados no adquieren, con esa gravedad un poco aburrida que traen consigo los ayuntamientos legales, la costumbre de disimular su verdadera senti-

mentalidad, sería fácil convencerse de cómo fueron raros, los que, durante sus meses de noviazgo, no hubieran cometido la felonía de adueñarse secretamente y por sorpresa, de lo que más tarde había de pertenecerles á los ojos de todo el mundo y en la corrección fría de lo vigente. Pero esto, los maridos, no lo confiesan nunca; el esposo, por lo mismo que vive en la esclavitud, tiene el quisquilloso prurito de la libertad. A cada momento les oiremos repetir sentadamente, abroquelados tras la autoridad de sus años y de sus levitas abrochadas: «yo, á no haberme casado con la que hoy es mi mujer, aún estaría soltero...» declarando así haber ido al matrimonio por noble, espontáneo y libérrimo impulso, y no vencidos por la mundana sagacidad ó el inabordable recato de aquella hermosura, á quien, por ningún otro camino, hubiesen podido rendir.

Nada más falso. El hombre que en una de esas terribles emboscadas que el cariño prepara á la virtud, derrota la castidad de una doncella, es un vencedor; el esposo, por el contrario, siempre es un vencido. En el torneo de su noviazgo, la mujer fué más fuerte. La mujer di

LOS SÁBADOS



El.—De buena gana te acompañaba; pero sálmos del trabajo que no podemos ni con la bolsa.

jo: «Mirame, soy buena, soy inteligente, soy hermosa, soy pura. Pues, bien: si quieres llegar á mí, habrás de casarte». Y el hombre, mordido, abrazado, delirando bajo el aguijón de aquella voluptuosidad que no le dejaba dormir, aceptó las condiciones que su enemiga le imponía; y la mano que hubiera querido ser zarpa, fué presa y despojo...

Pablo Sánchez Pitsi se casó á los veintiún años, porsosegar una fiebre carnal que de otro modo no habría tenido remedio ni quietud. Si su novia le hubiera pedido toda su fortuna á cambio de una noche, Pablo Sánchez se la hubiese dado, aun sabiendo que luego se vería despedido y pidiendo limosna; por lograr igual dicha, habría dado la vida de su madre y la suya propia, cortándose una á una todas las venas. Pero su amada, que

MARINAS



—¡Ah! ¡Oh!, eso estar muy bien, pero ¿qué dirá su hermana?

—¿Mi hermana? Nada.

AL VOLVER DE PASEO



—¿Pero qué se propondrá Luisito? Todas las noches me repite lo mismo: Tú me dirás qué día te viene mejor. Eso es mucho moler.

sabía mirar al porvenir, le exigió su nombre... y claro es, Pablo Sánchez se lo dió...

Cuatro años después, satisfechas todas las exigentes calenturas del capricho, aspirado glotonamente hasta las heces el perfume de aquella virtud, conocidos de memoria los primores físicos y las bondades de su compañera, Pablo Sánchez, de repente, hallóse triste y un poco arrepentido de haberse casado. Tenía á la sazón veinticinco años; suponiendo que viviese cincuenta años más, lo que no era exagerado admitir, tratándose de un hombre como él, rico, metódico y perfectamente sano, hallábase amenazado por la probabilidad de permanecer ligado durante medio siglo á una mujer que de año en año iría siéndole más indiferente. Ascensión pecaba tal vez de presumida, aunque siempre fué buena, fiel y obediente como la mejor. Pero, ¿acaso bastan estas cualidades que un nietzscheano llamaría inferiores, para garantizar la felicidad de una vida?

Además, Pablo Sánchez llegó á convenirse de que su mujer no le amaba, dando á este verbo su genuina y altísima significación; su cariño era el cociente tranquilo del deber y de la costumbre; la conjunción de sus cuerpos y de sus almas, algo apacible, inconsciente, como el contacto de las cosas que la gravedad mantiene yuxtapuestas. Esta unión tibia, sin hacerles desgraciados, les quitaba con la libertad la

MODAS DE INVIERNO



—¡Y cada día más escote! A ese paso no sé hasta dónde vas á llegar.

—Pierde cuidado, que si pones esa cara el mejor día no vuelves á verme el pelo...

esperanza de ser completamente felices; si su cariño pertenecía al número de esos afectos amistosos que no reclaman la presencia constante del sér amado; si él se reconocía capaz de enamorarse de otras mujeres, y ella, por su parte y quizá sin saberlo, era susceptible de experimentar una pasión nueva, ¿por qué condenarse, respetando la necia autoridad de la costumbre, á continuar viviendo juntos? ¿Ni cómo reclamar la posesión única de un cuerpo que no nos interesa, ni ocupar mercedamente en un lecho aquel sitio á que

otro hombre, por decisión inapelable de un verdadero amor, tendría más derecho moral que nosotros?

El código ha buscado bondadosamente, para todas las locuras humanas, circunstancias atenuantes; se roba, se mata... y luego el abogado defensor habla de miseria, de obcecación, de impulsión involuntaria... Para el matrimonio, la más grave y más disculpable, sin duda, de las locuras humanas, no hay atenuación, ni escudo, ni alegatos que prueben cómo los delincuentes, al presentar ante la sociedad la dimisión irrevocable de sus libertades, obedecían á fuerza mayor... No; para el casado no hay defensa: su ligereza tiene la pesadez abrumadora de esos crímenes monstruosos perpetrados con todas aquellas cualidades agravantes previstas por la ley.

Para que dos personas puedan divorciarse, necesitan citar un hecho concreto, pretexto ó motivo de mofa y escándalo; el adulterio, verbigracia... Como si la mutua falta de amor no bastase á justificar todo alejamiento ó ruptura. Pablo Sánchez, por consiguiente, no podría emanciparse sin antes llevar á Ascensión poco á poco hacia las vertientes resbaladizas de lo prohibido; y una vez adquirida la prueba inconcusa de su falta, proceder al divorcio. Aquello sería la liberación; la reconquista de los risueños placeres juveniles estaba allí.

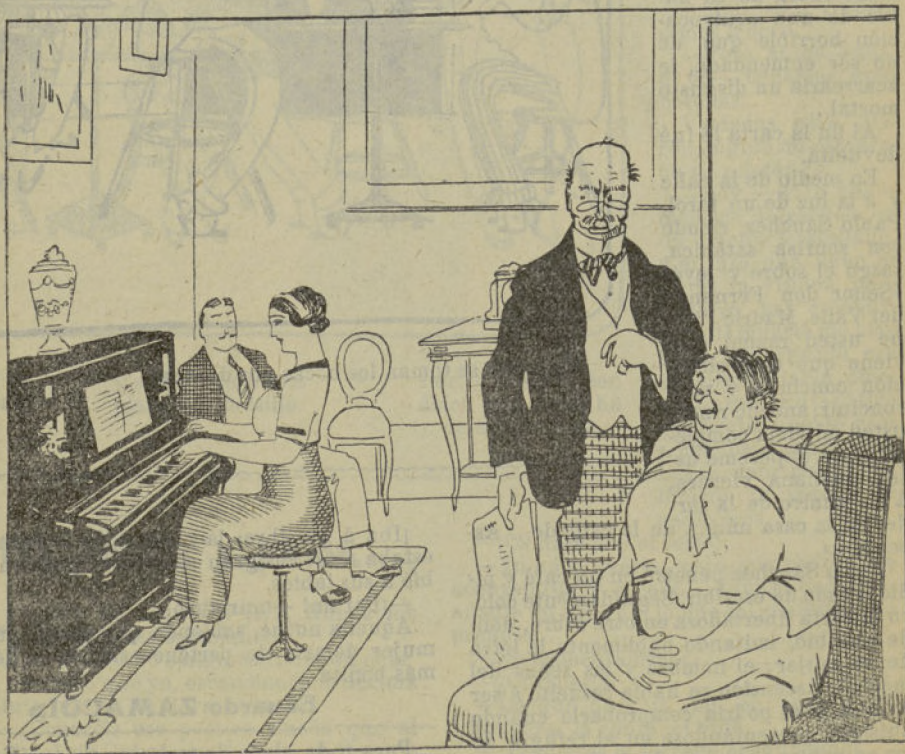
Entre los amigos de Pablo Sánchez había un médico, Fernando del Valle, por quien Ascensión demostró siempre especial predilección y simpatía. En seguida el esposo comenzó á maniobrar; la realización de su plan, aparentemente sencillo, requería virtudes heroicas de tesón y paciencia: era necesario, primeramente,

atraer al amigo y poner bien de relieve sus buenas cualidades, y luego eclipsarse pasarse los días á la mitad de las noches en el casino, emborracharse groseramente y con frecuencia, exagerar los propios defectos, no omitir ocasión de parecer ridículo. Las noches en que Fernando del Valle cenaba con sus amigos, Pablo Sánchez, á la hora del café y so pretexto de dolerle la cabeza, se echaba á dormir en un diván, mientras Ascensión y el médico ejecutaban al piano una partitura...

Transcurrieron ocho meses, que fueron una primavera para todas aquellas flores del mal; el adulterio iba acercándose con sigilosos pasos y Sánchez se desesperaba de verle llegar tan comedidamente; y ora atribuía tanta tardanza á cobardía ó torpeza del médico, ora se enorgullecía y en-

gallaba hallando satisfacción para su amor propio, el que Ascensión se defendiese tanto. De todos modos, era infalible que la catástrofe, tarde ó temprano, sobrevendría; las pruebas justificantes de esta suposición, se multiplicaban: hoy era un arrebolamiento de mejillas, mañana una mirada triste ó algunas frases murmuradas rápidamente, ó un apretón de manos demasiado largo... Luego, en la intimidad, Ascensión aparecía más triste que de ordinario, uraña, y siempre con ganas de llorar y de estar sola. Esta tristeza favoreció la diabólica labor de Pablo Sánchez: el golpe estaba dado y el tiempo completaría aquella obra refinada de ferocidad: para hacer germinar la semilla del pecado, no hay calor más eficaz que el frío del aislamiento.

LA DE TODOS LOS DIAS



—Oye, Nicasia: ¿Te has fijado en que desde que viene Luis, nuestra hija toca todas las piezas en aquella esquina del piano.

—Claro, como que toca siempre la misma.

Pasó otro año...

Una tarde, Pablo Sánchez, que desde hacía varias semanas espía atentamente los pasos de su mujer, vió que ésta depositaba una carta en el buzón del Interior. Inmediatamente Pablo Sánchez, seguro de que bajo aquel sobre estaba la llave de su independencia, fué á la Oficina general de Correos, donde tenía varios amigos, y reclamó una carta que acababa de depositar para el médico don Fernando del Valle, calle de... Parecía desesperado y como fuera de sí; habló de una equivocación horrible que, de no ser enmendada, le acarrearía un disgusto mortal...

Al fin la carta le fué devuelta.

En medio de la calle y á la luz de un farol, Pablo Sánchez, riendo con sonrisa satánica, rasgó el sobre y leyó: «Señor don Fernando del Valle. Madrid. Tiene usted razón: conviene que esta situación concluya y va á concluir; anoche rindió usted mi alma completamente. Espéreme usted, mañana viernes, á las cuatro de la tarde, en la casa núm... de la calle de... Ascensión».

Pablo Sánchez penetró en un café y pidió recado de escribir. Seguidamente colocó la carta libertadora en otro sobre, donde escribió, imitando hábilmente la letra de su mujer, el nombre y las señas del médico. Ascensión se había resuelto á ser liviana y él podría comprobarlo cuando quisiese, presentándose en el refugio de los culpables acompañado de dos testigos. A pesar de su turbación, estaba alegre, cual si una segunda juventud le sonriese; su corazón latía deprisa.



Mientras se toman los bocks por docenas,

se echa un cuarto de padas sobre la g

¡Iba á ser libre; la cadena de lo legal estaba rota! Un gran suspiro de gozo subió á sus labios.

—¡Por fin! —murmuró.

Aquella noche, sabiendo que pronto su mujer dejaría de pertenecerle, la halló más bonita.

Eduardo ZAMACOIS

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la
Imprenta de "Ediciones España,"
Paseo de las Delicias, 60.



cuarto á es-
de la guerra

y se da salida á la
plata del bolsillo.

Perico observa con
dolor que se la ha
dejado en casa.

—Ella era esbelta, pálida, con unos ojos grandes y negrísimos: negros, no á la manera de carbón que es opaco, negro como el azabache que brilla y ciega si la hiere la luz. La rendí tributo de simpatía que ella, sonriendo, aceptó. Después, y en complicidad con una bien surtida merienda, acabamos por confesarnos...

—¡Vaya un punto! — exclamó un agente.

—¡Valiente cura! — indicó otro de la reunión...

—Si lo tomáis á broma, no continúo.

—¡Sí!, ¡sí! — respondimos á coro.

—Pero antes —añadi yo— bebamos unas botellas.

Vaciadas que fueron, siguió mi camarada su relato.

—Soy —dijo ella— maestra de escuela en un pueblo castellano, y el luto que llevo es el de la viudez, pero lo llevo por cumplir, aquella muerte me hizo libre, mi difunto era un despreciable americano, antipático groserote: uno de esos ambiciosos que para hacer unos pesos han llenado la pampa de cadáveres.

—¡Camará con el socio!...

—Yo no le quería, pero mis padres me aconsejaron y accedí... Excuso decirlo —añadió mi amigo— lo que tal confesión me produjo...

—¿Sentimentalismo?

—¿Cursilería?

—Lo que queráis. Yo, en pago á su franqueza, la conté mi vida.

—¿Perderías el terreno conquistado?

—No; porque cuando dije la maldad de mi esposa, la mala vida que ella llevaba y la deshonra que de mi nombre hacia, busqué mis manos, y aprentándolas con fuerza,

“Era esbelta y pálida...”

HA sido mi aventura jefe. Nunca me ocurrió cosa semejante...

Y nuestro amigo continuó su charla, en tanto que yo, escanciando la décima quinta botella de sidra, sonreía.

—¿Conocéis ese poético rincón que al final del río Cubas nos brinda su bosquejo recio y su tapiz siempre verde?

Todos conocíamos el vergel santanderino al que se llega después de una hora de navegar.

exclamó con una voz dulce y angelical, ¡pobretin! ¡qué suerte más distinta se merecía usted!

Bebió el relator; bebimos los oyentes y tras encender unos cigarros, siguió diciendo:

—Contento, gozoso de haber hallado en

mi camino mujer de tan bello corazón... la obsequié más...

—¿Pidió vino Rioja? —interrogué muy serio?

—Sí... ¿Pero á qué viene eso?

—A... nada —¡continúa!

—Embarcamos de nuevo; ya las luces del santanderino puerto brillaban en la noche cuando aquella hembra pálida y de ojos negros, me dió el regalo de un llamado beso...

—Te pediría un recuerdo... —objeté.

—Sí; una prenda de amor... Cuando lleguemos á tierra quizá me esperen —dijo—. ¿Quién? Mi mamá; puede que mi hermanito; pero por ello no se separe usted de mí vera; le presentaré. ¡Prudencia, mucha prudencia! mamá es una santa, pero...

—¿Y su hermano? —interrogué con algún recelo.

—Un ángel... No se mete en nada...

Así fué; el hermano, al verme en el muelle, saludó cortés y desapareció; la madre, tras dar las gracias por mi caballerosidad, ofrecióme su casa á la que llegamos y á... la que subimos...

—¡Encerrona! —cuchi-cheó alguno de la reunión.

—¡Quiá! El placer más exquisito; la mujer más ideal; la hembra más placentera y complaciente.

—¿Y la madre?

—Una cosa admirable: ciega, sorda, oportuna. Cuando me despedí de tan amabilísima compañera era muy tarde: las dos de la mañana. Dí mi tarjeta, «Bernardo Morán» á sus pies..., y entonces la moza, bajando la voz y apretando mi mano, dijo muy dulcemente: «Hasta mañana»: te es pero, pero ¡per Dios! no digas que estás casado...

LA FIESTA DE LA FLOR

Ridovín



—Yo por de pronto te la coloco; si no tienes dinero peer para ti.

—Gracias, Juana. Estamos á la recíproca.

DEVOCIONES FEMENINAS



—¡Pobre don Heliodoro! Dice que me adora. Con pocas sesiones como la de esta tarde le van á salir callos en las rodillas!

El amigo Reoyos que escuchaba, rompió á reír con tanta fuerza, que todos le miramos con asombro...

—¿Con que mamá y secreto de casamiento? ¿Se llama Rosa la joven pálida?

—Rosa se llama, ¿qué ocurre?

—Que ayer me aconteció algo parecido con ella, y como yo estoy solterito, á Dios gracias, me dijo tan quedo como á ti, ¡por Dios; que no se entere mi... marido!

—¿Cómo?

—Sí; el hermano es el cónyuge y administrador, y la mamá una antigua florera madrileña que es madre cuando la necesitan...

—Pero...

—¿Cuánto te ha costado? Con franqueza.

Y entonces mi amigo, riendo también, dijo tras pensando un poco.

—Un reloj de oro...; siete duros; una merienda de veintidós pesetas y ahora...

—Dilo; no te de vergüenza...

—Aún no lo sé; pero no será mucho... mi médico, no es de los más caros...

Fernando MORA

Futuro imperfecto

CUPLÉ EXCÉNTRICO

Música de F. Orejón.—Creación de la notabilísima artista La Argentinita.

Un joven melancólico,
quiere llevarme al tálamo:
es su carácter tímido;
es su semblante pálido,
y, por su temple, frígido
lo mismo que un carámbano.

Yo quiero un hombre bético,
y ese parece un diácono;
es lánguido y raquítico;
es en extremo impávido,
y por su hablar estético,
molesto como un tábano.

No quiero para cónyuge
ese moderno Heráclito,
tan pálido y raquítico,
tan tímido y tan lánguido,
pues no se agita el misero
aunque le aplique un caústico.

Jerón me GÓMEZ

DE LA ARISTOCRACIA



—Desde que la señora condesa lleva ese gorro, está muy interesante.

—Pues desde hace nueve meses.

DEL ARTE



—Mira, negra, ahueca y no molestes más. Nadie sabe mejor que tú que las corridas se están poniendo imposibles.

GROTESCOS

Rumores de playa.

LA terraza está animadísima esta hermosa noche de verano. La luna alta garabatea en el calmado mar y pone como luciérnagas vivas en las orillas, en los vidrios de las ventanas del balneario, en los vasos de los veladores y en los ardientes ojos de las bañistas.

Animación en la terraza y á ratos la orquesta deja en el ambiente salino un fres-

co motivo de ensueño. Se cena, se liban helados ó vinos, se fuma con furor y la charla frívola, de verano, que invariablemente comienza por un comentario interesante sobre el calor horrible del día ó sobre el fresco delicioso de la noche, llega pronto á una amenidad encantadora.

Se ríe, se galantea, se murmura, mientras las olas quedamente murmuran en la playa.

—Don Antonio, ¿ha visto usted á la rubia del chalet en traje de baño?

—¡Uy! Si yo fuese el mar, me la tragaría.

—Parece algo bruta; no sabe guardar las buenas formas.

—¡Ah! Pero sabe enseñarlas...

—He observado que don Aniceto es un buen nadador.

—Sí, nada como un atún. Su mujer también sabe nadar y guardar la ropa...

—Oye, Conchita, ¿has visto el boquete que tiene la de Gálvez Plana?

—Yo no.

—Pues, sí; le han agujereado la caseta, y yo sé fijamente quién es.

—El mismo que nos lo abrió el año pasado. ¡Qué sinvergüenza!...

—¿Sabéis quiénes han llegado ayer? Las de Ortega.

—Esas hermanitas que prestan, con la

mayor inocencia del mundo, sus gemelos á los novios mientras están ellas en el agua... Todos los años traen un novio nuevo.

—Pero traen el mismo sombrero de todos los años...

Y van llevando su repaso inevitable, en estas conversaciones de terraza, una lozana miss, que enseña el inglés y las rodillas; un matrimonio de dos viejos, que se hacen cosquillas en el baño; cierta viuda guapa, de elegantísimo luto y ojos alegres, que alborota el agua y el Casino y todas las más ó menos distinguidas familias que vienen á pasar los meses estivales en este acreditado punto de la costa.

Se habla de unos recién casados que han venido á no bañarse y á fastidiar en la fonda: se comenta que la del juez, á pesar del estado de París, haya encargado

UNA LECCION



El profesor.—Adolece usted del defecto de todas las educandas. Creen que el violín es una guitarra y en seguida precinden del arco. ¡No, eso no, cuanto menos dedo, mejor!

LA VIDA ECONOMICA Y LA GUERRA.



—Vaya, chica, déjame en paz. ¿No ves que se acabó el carbón?

dos mellizos y que el marido se asombró porque él esperaba uno sólo por su parte: se critica, en suma, que con la guerra conflagrada suba tanto el precio de los huevos y de otros artículos de primera necesidad.

Y cuéntase, finalmente, de dos acaudalados comerciantes en comandita, muy conocidos en la colonia veraniega, un curioso salnete comprobado.

Gutiérrez y García manejan en la capital cierto pingüe negocio. Gutiérrez y García veranean en este balneario.

Pero no pueden abandonar los dos á un tiempo sus asuntos; y así, Gutiérrez se pasa una semana en esta playa, con su esposa, en tanto García suda y trabaja en la capital; y viceversa á la semana siguiente en que Gutiérrez torna al negocio de nuevo, mientras García huelga tan fresco, con la mujer de su comanditario.

La gran armonía comercial gracias á este amistoso turno.

—Es lo natural, lo equitativo —convino Gutiérrez.

—Lo justo —asintió García.

DIAS DE AIRE



—Jesús qué aire más idiota. ¡Por ser idiota hasta viene de frente!

—Eso, lo justo —sentenció la esposa del primero con amable conformidad.

Y mientras Gutiérrez hace en la capital lo que García, éste en sus vacaciones hace lo que Gutiérrez...

Y tutti contenti.

La terraza está animadísima esta hermosa noche de verano.

El mar, completamente manso, con reverbaciones de plata y azul, se mece muellemente bajo el enorme cielo, rociado de estrellas, que semeja otro manso mar con el faro fijo de la luna.

En la orilla, murmuran sigilosas las olas como en la animada terraza del balneario quedamente oscila el flujo y reflujo de las murmuraciones humanas.

J. PÉREZ RAMÍREZ

MUSSETA

Trágica Musseta que entre penumbras te ve mi alma de pasiones ávida. En ella vienes á ser más que la hermosa mujer, la querida triste y pálida.

Los ojos verdes, surcados por las enormes ojeras, me dicen de los pecados que brotaron perfumados de tus sórdidas quimeras.

Ave María encantada de mi vida consagrada al yugo de la Poesía. Soñándote, creo en algo de romántico y de hidalgo dormido en mi fantasía

Princesa de la Ilusión, que tienes el corazón de águila altiva y extraña. Yo, he de beber en tu boca la espuma de oro, que aloca, del vino de la Champaña.

Y he de aspirar de tus senos la esencia de áureos venenos al dormir sobre su cumbre, mientras me quemas la frente con los ojos de serpiente como luceros de lumbre.

Carne suave de bohemia, que en las garras de la anemia se revolvió dando saltos, hasta que tornóse en una azucena, que la luna heló en los montes más altos.

En mis momentos de duda
te vi aparecer desnuda
como Eva en el Paraíso,
y me retorcí en el lecho
sintiendo dentro del pecho
el corazón indeciso.

¿Besarte? ¡Loco delirio!
Para acentuar mi martirio,
de mis manos te escurrías,
y á mis febriles lamentos
como el hada de los cuentos
infantiles, sonreías.

Musseta, ¡un beso! Musseta,
que los besos de un poeta
son besos de calentura.
Y luego... seguir viviendo
la vida que voy urdiendo
con versos de mi locura.

Angel G. LUGEA

La primera perla.

Lulú cerró los ojos y se quedó pensativa. El tic-tac del reloj era para ella como el latido de un alma ideal, alma de acero, que á todos los azares de la vida era insensible, sin que jamás la idea de un recuerdo aumentase la cadencia isócrona de su latir. Así creyó la suya: en los tiempos que fueron, jamás vió turbado el curso de su vivir alegre y bullicioso; nunca el pasado acudió á su mente, y feliz se creyó cuando los días transcurrieron sin dejar más huella que una vaporosa estela que se esfumaba al primer sueño de la noche, perdiéndose tras la pasada cabalgata tan pronto como los primeros albos del día, cosquilleándole en las pestañas, herían las pupilas de sus ojos somnolientos.

Y así cruzaba la vereda de la vida sin más bagaje que su cuerpo de sirena, incendiando con sus ojos negros y radiando alegrías con el cascabeleo de su reír; sin más ley que su voluntad ni más yugo que su capricho. Nunca se entregó por necesidad: no fué su cuerpo pasto de las mercaderías.

Al cruzar las calles con el contoneo de sus caderas al andar menudito y ligero, tenía su figura el encanto de un ánfora egipcia, por cuyos bordes se desprendían las gasas de un nido ideal donde dos palomas gemelas se agitaran nerviosas. Una palabra suya fué una orden, un capricho, una ley. Siempre libre, siempre reidora.

SEÑORITOS... CALLEJEROS



—¡Ay, serrana, si me quisiera usted me iba yo á beber su sangre!

—¿De veras? Pues dentro de unos días le contestaré á usted.

Ahora no era así: su cabellera de azabache se plateaba rápida; á su cara tersa asomaban los primeros vestigios de la vejez temprana y su cuerpo no despertaba, y á el píropo picaresco, la frase candente, aquella lluvia de flores que fué la huella de su paso.

Y comprendía todo lo grande de su error, y del reloj los latidos le parecían vanos remedos de las notas vibrantes de su risa, y el compás cansino de su pecho una evocación triste de un porvenir macabro, de una tragedia como epílogo á la comedia de su vida... y abrió los ojos y una lágrima rodó por sus mejillas que, de poder engarzarla, sería la primera perla del collar que creía ceñir en adelante.

José VIANA

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Editores particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.).

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR
NI OPERAR la uretra, próstata, veji-
ga y riñones. Dilatan estreñecidos,
rompen la piedra y curan las are-
nitas curan los catarros ó irritacio-
nes de la vejiga; calman al momento
las punzadas y horribles dolores de
orina; limpiando la orina de poso
blancos purulentos, rojizos y de san-
gre. Las SALES KOCH no tienen rival
por su acción rápida y segura. Venta
en las boticas del mundo. Las CAP-
SULAS KOCH cortan en DOS DIAS, sin
peligro, los flujos bienorrágicos secre-
tos recientes y modifican los cróni-
cos. Para lograr un éxito fijo pídanse
gratis á la CLÍNICA MATEOS,
Arenal, 1, de MADRID (Espa-
ña), el método explicativo infalible.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, ru-
pus, etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche ó agua muy azucarada,
y desaparecerán esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. Gayoso,
Madrid; Gamit, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro con
un sello de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO
dólares ó UN dólar.

Los pedidos, con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, Li-
BRERO, JACOMEIREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas